

OBITUARIO

NICOLE MARIE LOUISE GIRON BARTHE

Nicole Marie Louise Giron Barthe, nuestra Nicole, nos dejó en la noche del 10 de noviembre de este año de 2008, después de dos años y medio de dolorosa lucha contra la enfermedad.

Nos conocimos en 1959, cuando ella entró primera –“cacique” llamábamos al o la privilegiado/a quien lo lograba, a la Escuela Normal Superior de Fontenay-aux-Roses, donde yo había entrado más discretamente el año anterior. Descubrimos en seguida que muchas cosas nos unían. Ella venía de Toulouse la “ciudad rosa” del suroeste francés, con un sabor casi español por la presencia importante de refugiados españoles que en ella habían encontrado un nuevo hogar. Habíamos nacido el mismo día del mismo mes, pero yo le llevaba un año. Ambas, a raíz de la invasión nazi a Francia, fuimos dejadas en el campo por nuestras respectivas fa-

milias, al cuidado de nuestras abuelas maternas, de fuertes antecedentes y carácter campesinos. Allí, en plena Gascuña, tuvimos una niñez privilegiada pues al contrario de las ciudades, se podía comer, gracias a los pequeños jardines familiares, la cría de conejos, gallinas proveedoras de huevos, de patos y gansos cuyos hígados destinados a la venta en calidad de “*foies gras*” proporcionaba a las abuelas algo de dinero en esta época de grandes penurias. Después de la guerra, ella regresó a Toulouse con sus padres y fue una excelente alumna de secundaria además de una campeona local de *basket ball*. ¡Cuántas veces ella y yo hablamos de nuestra niñez común, de los sabores, plantas, frutas, olores y costumbres que habíamos compartido durante aquellos años negros que para nosotras habían sabido sin embargo a paraíso!

La llegada de Nicole a la Escuela Normal, primera hispanista en hacerlo, causó sensación. Ella venía del sur, con un acento que nunca la abandonó totalmente, era alegre, guapísima, extrovertida –en apariencia solamente–, vestía ropa de colores soleados que iluminaban el entorno parisino gris y el conjunto que formaban nuestros atuendos generalmente austeros cuando no monjiles. Todos la querían, incluso los altos mandos de la Escuela –lo cual no era frecuente–, la admiraban, pero pocas eran las que realmente lograban conocerla. En efecto, al contrario de la imagen deslumbrante que proyectaba por doquier, Nicole era secreta, reservada, su cuarto siempre me llamó la atención por la falta de adornos, de objetos personales, fuera de los libros que usábamos para preparar los exámenes.

Nos separamos por un tiempo pues decidí regresar a México en 1964 y ella se quedó en París, tras terminar sus estudios, esta vez en calidad de secretaria general de la misma

Escuela Normal, prueba evidente de su competencia profesional y de su habilidad para regir una comunidad compleja de jóvenes estudiantes. Tuvo entonces que enfrentar las tempestades juveniles del 68 que incluso en una casa tan seria y recatada como era entonces Fontenay, hacía estragos entre las alumnas comunistas estalinistas, las socialistas, las trotskistas, las católicas de izquierda o de derecha –poco numerosas estas últimas–, las anarquistas y las indiferentes que clamaban porque las dejaran estudiar en paz mientras las otras se dedicaban a toda clase de actividades ajenas a las que se esperaban de ellas. Nicole sorteó los escollos con algunos rasguños, inevitables en aquellos trances. Ella personalmente siempre se sintió “de izquierda” pero nunca militó en ningún grupo preciso, si bien el azar, más que la decisión propia, la llevó a vestir el uniforme con metralleta y todo de las milicianas en la Habana castrista.

Después de la licenciatura, Nicole había emprendido un DES –el equivalente aproximativo a una maestría de ahora– sobre los cronistas indígenas y criollos del Perú pues en mis vagancias académicas, yo había logrado atraerla al Seminario que el etnólogo Alfred Métraux impartía cada semana en las buhardillas polvosas de La Sorbonne, en la V Sección de Hautes Études, donde trabajábamos sobre el Perú colonial. Pero luego, Nicole decidió interesarse por México y nos volvimos a ver regularmente pues vino aquí cada verano para recoger información y preparar un doctorado sobre Heraclio Bernal bajo la dirección de François Chevalier. Es cuando, dotada de su proverbial don de gente y su atractivo irresistible, se hizo amiga de numerosos historiadores mexicanos y logró consultar archivos entonces fuera del alcance de la mayoría de los investigadores, pues a muchos la figura de

Heraclio Bernal no les parecía muy frecuentable. Nicole se estableció definitivamente en México en 1973 y a los amigos y conocidos de los años anteriores, aunó los que su familia mexicana, su inteligencia, carácter amable y su “*charme*” le granjearon. No tardó en entrar en la Dirección de Estudios Históricos del INAH y se incorporó al Seminario de Cultura Nacional, que tanto hizo para la revalorización de un siglo XIX entonces mal conocido cuando no despreciado. Rodeada de algunos de los mejores intelectuales e historiadores de la época, Nicole hizo el encuentro que cambió su vida: el de Ignacio Manuel Altamirano, con quien contrajo una relación monogámica sin falla. A ella se le debe la publicación íntegra de la obra de este prócer entonces poco conocido, en la medida en que sus obras quedaban prácticamente olvidadas. A partir de entonces, sus viajes a Tixtla fueron frecuentes y su conocimiento de todo lo que rodeó la personalidad de Altamirano, su entorno y su época la convirtieron en la especialista del escritor y político guerrerense de cuyo redescubrimiento ella fue el artífice.

Sin abandonar jamás al “hombre de su vida”, como llamábamos sus amigos a Altamirano, Nicole fungió también como directora de los Intercambios Universitarios en el IFAL, donde una vez más todos apreciaron su personalidad excepcional, su conocimiento del medio académico mexicano que le permitió mejorar y aumentar sustancialmente los intercambios de las instituciones de educación superior mexicanas con las francesas. Luego de este intermedio de algunos años, ella se incorporó al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, que se convirtió en su segunda casa, donde prosiguió sus trabajos sobre Altamirano. Aunque manifestaba a veces con discreción su cansancio de una relación

tan exclusiva con Ignacio Manuel, no dejó la tarea emprendida y la llevó a buen término. Pero se había acostumbrado a bregar con metas ambiciosas y no tardó en hundirse en la inmensa folletería del siglo XIX, hasta la fecha prácticamente ignorada, y empezó a revelar sus también inmensas riquezas, actualmente ya explotadas por numerosos historiadores. Fue entonces cuando la enfermedad la sorprendió.

Permítaseme recordar ahora aquí a mi Nicole, a la que fue mi amiga durante casi cincuenta años. Aparte de una académica rigurosa y tenaz, ella fue una mujer encantadora, aun cuando este adjetivo es usado demasiadas veces de manera banal y rutinaria. Su encanto cambió, maduró pero no desapareció nunca. De joven, fue seductora, cautivadora, hasta fascinante para muchos que la trataban por primera vez. Con el paso de los años y las inevitables nubes que ensombrecen toda vida humana, no perdió su gentileza, su amabilidad natural, la benevolencia que oponía siempre a mis rigideces, su indulgencia y comprensión de todos los que la rodeaban, su optimismo tranquilo. Guardó hasta que la enfermedad la tumbara la curiosidad y el gusto por la vida y si no olvido nuestro viaje a Chiapas y Guatemala en 1970, cuando de un tiro manejó desde el D. F. hasta San Cristóbal de Las Casas por carreteras que estaban aún peores que ahora, tampoco olvido el viajecito que hicimos hace pocos años todavía, una ida y vuelta a Pátzcuaro en un solo día por el simple gusto de comer allá, y menos el retorno a la capital en una noche de niebla espesa, entre trailers rugientes y lanzados a toda velocidad. Porque Nicole manejaba con una maestría innegable pero no exenta de temeridad. Tampoco olvido las reuniones en las que procuraba acercar a historiadores franceses con sus homólogos mexicanos en

su casa barraganesca, en las que no podía faltar el espléndido pozole tixteco con sus sardinas y acompañado de mezcal de Guerrero, junto con el postre que constaba de pastel de camote, que ella preparaba personalmente. Porque también, fiel a nuestra niñez gascona, ella era golosa, excelente cocinera, magnífica anfitriona y se lucía en lo que en tiempos de Altamirano se llamaba todavía las “labores de su sexo”. Nicole se nos fue, se me fue, y nadie la sustituirá en nuestro corazón. Ojala sus cenizas reposen en la paz de Amatlán, una tierra tan cercana a la del “hombre de su vida”.

Solange Alberro
El Colegio de México